Post-it

o la brevedad causa alegría

IGNACIO GONZÁLEZ CABELLO

Todo o nada son palabras relativas dentro del cuerpo del *post-it*: un poema, una ecuación matemática, un saludo, un "te amo", una fecha especial, una receta, un dibujo, un signo o una obra de arte. Observar un *post-it* pareciera más bien un ejercicio de apreciación y un reto a la creatividad. Su cuerpo cuadrado –casi un cubo frente a nuestros ojos– y con cuatro extremidades como las del ser humano nos invita a conocer las variables del espacio-tiempo: una sola palabra puede modificarse en su tamaño a gusto de quien escribe el asunto y ésta no conoce en algunos casos la vejez.

Las dimensiones y colores del *post-it* brindan un toque mágico y atractivo a la vista del hombre: desde siete puntos cinco centímetros hasta el doble de la medida de éste sorprenden en toda circunstancia. La ventaja de este cuadrado en miniatura es su flexibilidad de contenido y aplicaciones al llevarnos a ejercitar la creatividad, el gusto y la brevedad. El *post-it* es quizá un juego (in)consciente de sopa de letras, de confrontación escritural (decir todo en un suspiro de palabras es el gran desafío de todo escritor y toda persona), de conocimientos euclidianos y habilidades de diseño.

Armar la idea es el primer aspecto por expresar pero esta construcción babélica de líneas, trazos y planos tiene su código: inherente para algunos y para otros muy difícil de desarrollar un esquema donde expresar lo deseado es el fin. Después de pensar qué expresar viene el tormento de la escritura –tortura conocida por Italo Calvino y los escritores norteamericanos de la generación perdida– al cuestionarse el cómo lo hago y digo. Este objeto de cuatro extremidades manifiesta un *ars combinatoria* –desde las primeras ideas de Leibniz hasta las concepciones y explicaciones de Barthes– de ideas, sentimientos, acciones y sensaciones: agrupación de las palabras en forma de *collage* y/o *pastiche* y un acercamiento –por instinto o sentido común– a la ciencia de las formas (la forma del cuerpo-espacio del *post-it*).

Existe una parte muy interesante dentro de esta taxonomía de matices del *post-it*: la ontología del *decir* y *ser*. Caminar y ver varios *post-it´s* pegados en un automóvil, tapizar la oficina, adherir uno de estos cuadros despegables al cuerpo de alguien o colocar uno solo en el refrigerador se convierten en la identificación y característica de quien lo recibe y escribe. El mensaje o lo escrito determina la identidad –en algunas ocasiones no descifrada por el receptor– de las personas: se reconoce el destinatario de la escritura y la idea o expresión.

Si observamos a un joven pretendiente adornar el automóvil de su amada con mensajes amorosos y ella reconoce las expresiones, la suavidad del tema y la intención del obsequio se crea justamente esa conexión de identidad ontológica o si bien una madre le deja un recado a su hijo en la pantalla de su computadora personal éste reconocerá la sutileza descrita. Actos muy cotidianos son los determinantes heideggerianos de la identidad del emisor del *post-it*. Cada forma expresada en el papel será una pista casi evidente a primera vista del receptor de éste. Escribir algo en breves cantidades requiere de una astucia mental y de una concreción quirúrgica e incluso incorporar estos papeles en determinado lugar demanda una habilidad de ingeniería o arquitectura: aquí mismo la estética encuentra espacio para integrarse y decorar o trascender.

Al llevarnos al sombro el *post-it* muestra alguno de sus dotes estoicos: el ímpetu del amor, el arte de vivir, la creación de algo metalingüístico y no muy helenístico, inquietud –como conocimiento– y exaltaciones del *pathos*. La atención provocada en algunas personas al ver estos mensajes se debe a la ausencia gramatical y sintáctica de las palabras y oraciones construidas, señalamiento mal visto por la poca depuración de errores o pereza de pulir lugares comunes y deficiencias.

¿Pero no es así nuestra comunicación hoy en día? Quizá en eso radica el arte de expresión en los *post-it´s* en la actualidad. Si caben alrededor de veintitrés palabras (sin tomar en cuenta el tamaño de tipografía y caligrafía de la persona) en el cuadro de papel y como única salida –a manera de intención verbal kamikaze– abreviar y efectuar apócopes de algunas palabras sea un beneficio para la transmisión del mensaje, entonces podemos comprender el desliz gramatical. Tampoco debemos canonizar un modo o estilo de expresión pues aquí es donde la poesía hace acto de presencia: un haikú bien o mal construido, un verso sin ritmo o con exageradas cacofonías, un verso libre o un caligrama. En el *post-it* se suscitan también paisajes inimaginables, palabras construidas creativa e inteligentemente y juegos lingüísticos (paranomasias) en donde se resaltan la trascendencia y esmero de lo escrito.

Una pieza hacedora de f(a)e(ci)li(dad)cidad

Cuando el tiempo es un factor de apariencia abrumador y reaccionamos con intolerancia porque deseamos expresar algo, obtener un permiso o simplemente no perder tiempo es entonces que el *post-it* se vuelve todo un utensilio muy cómodo y escueto de diversa capacidad expresiva. Esta practicidad aparente en el papel autoadhesivo oculta un arte muy complejo y de suma diversión porque no sólo es utilizado como intercesor de un mensaje sino es un objeto holístico: tomar un *post-it* e iniciar con él un juego hábil

de Tangram para construir ciertas figuras, entretenerse con juegos de papiroflexia, arrugar por completo el papel y lanzarlo para atraer la atención de alguien o puede ser usado como tapiz para cubrir algún inconveniente arquitectónico.

El desprendimiento material de esta pieza de papel hacedora de peculiares características funciona como un desapego físico y emocional del emisor: aspecto psicológico oculto al escribir sobre él y dejarlo en un sitio. A este desprendimiento material le sigue una liberación interna y verbal de la persona: desencadenarse del ímpetu, apuro o euforia al escribir el asunto. No sólo en la literatura y el arte podemos observar implícitamente esta teoría psicológica sino también es llevada hasta nuestro rutinario actuar en la vida: escribir algo y expresarlo para consumir o liberar una necesidad.

A partir de toda esta acción del desprendimiento se suma un lugar común en la psicología y en las intenciones de los medios de comunicación: la representación de la *psyche* de la persona. La *psyche* interviene en la escritura del mensaje y su intención: se manifiestan desde las sensaciones hasta las percepciones del emisor a través de un estado conciente o inconciente. Lejos de enfocar la manifestación de la *psyche* por procesos cognitivos es a través del alma –en su concepción clásica– la proyección de la escritura del mensaje: en la intención literaria este romanticismo es la vía de difusión textual.

Después de comprender la función de la *psyche* y el desprendimiento material en el *post-it* es prudente conocer de manera concreta que en el reconocimiento de estos cuadros se asoma un rostro jungiano: a través del reconocimiento del mensaje se asocia la identidad pública o la personalidad (entre el *ego* y la *personae*) del emisor en el receptor. Este reconocimiento de la identidad pública del emisor es la acción trascendental al recibir u obtener un *post-it* porque se adquiere una causa o sensación (felicidad, uso cómodo o asombro): un recordatorio de un quehacer cotidiano o un mensaje de amor por ejemplo.

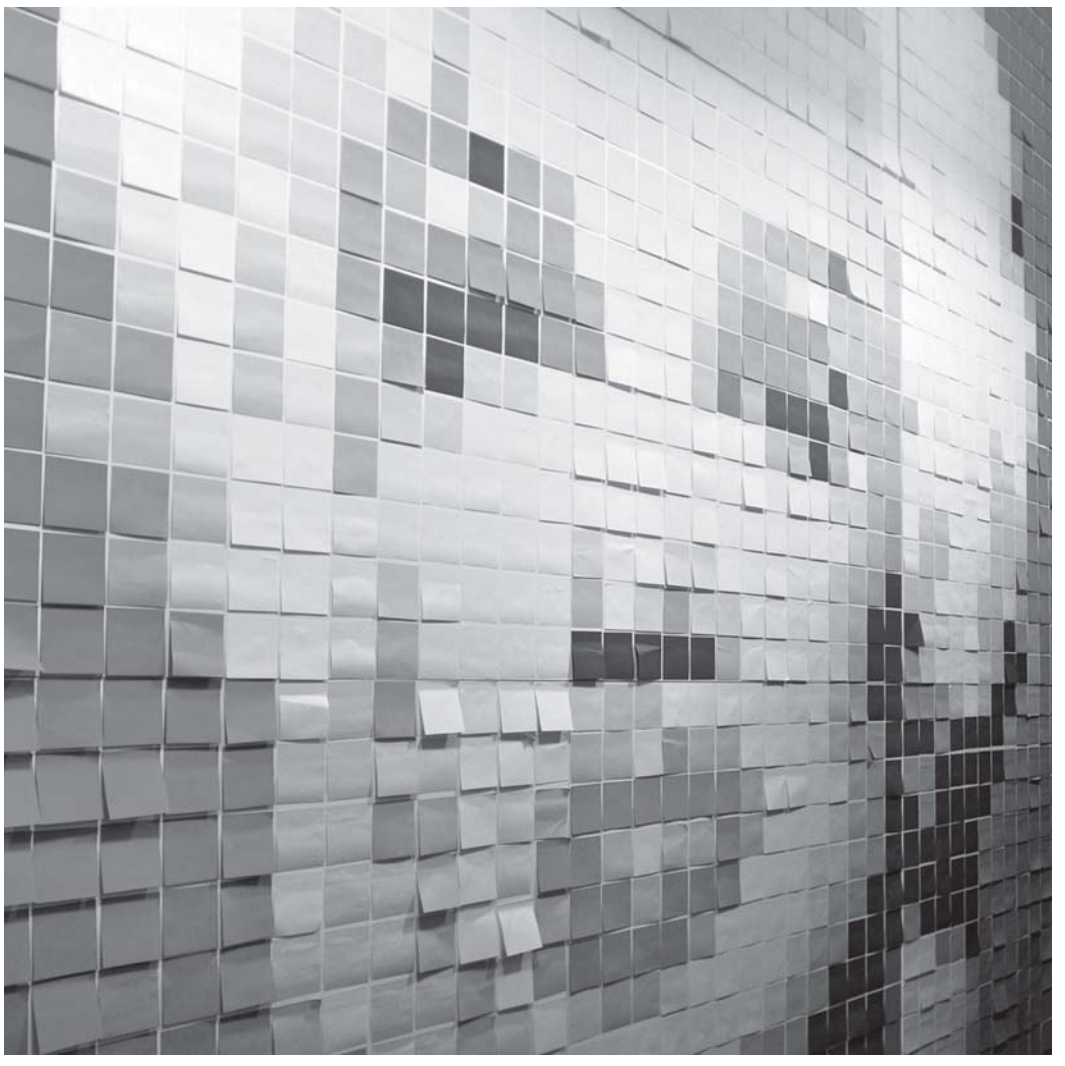
Además de estas consideraciones teóricas se encuentra la cuestión del color de los papeles. ¿Por qué utilizar colores fluorescentes si la razón esencial es el texto? Esta cuestión de tono travieso nos remite más a tomar en cuenta la posibilidad de escribir un texto muy escueto y poco provocativo: el color intercede para ayudar a sostener la importancia del mensaje. Color y palabra parecen ser ya un juego sinestésico en donde la percepción de los colores es análoga –en algunos casos– al tono de las palabras.

Este papel cuadrado se convirtió en un hacedor de dos características muy prudentes –según el siglo XXI y sus propagandas modernas– hoy en día: la facilidad y felicidad. ¿Por qué este objeto tan sencillo provoca felicidad? Las vastas respuestas se vuelcan para sobresalir dos únicamente: los mensajes escritos en él y el fácil manejo para dejar un texto en cualquier lugar.

Espacio + forma / palabras = *Oulipo aux post-it*

Bajo la rúbrica del "Taller de literatura potencial" podemos presentar al *post-it* como un ejercicio de literatura hecha por estructuras no lineales y formales: la brevedad –casi llevándonos al microrelato–, el espacio adecuado para un haikú, las dimensiones prudentes para la realización de un verso libre o la construcción grama-tical de una oración con palabras mínimas. El "Taller de literatura potencial" o *Oulipo* nace a partir de escritores y matemáticos con las ideas de crear literatura no conven-cional e incluso jugando con los límites de las formas y cánones establecidos, de allí su incesante búsqueda experimental en la literatura.

En este taller como en el *post-it* las formas, los espacios y las palabras son la herramienta principal del juego literario: el *post-it* es el cuaderno u objeto donde la experimentación verbal desencadena el mensaje o historia y la intertextualidad se presenta en ciertas ocasiones en el papel: basta la evocación de una palabra hacia otra o un personaje remita a otro. ¿Cómo un pedazo de papel es un taller? Escribir y escribir no garantiza poder expresar exactamente lo deseado debido a la cuestión de precisión verbal o creatividad. Este espacio –ahora clasificado como taller– nos obliga a redactar con determinadas palabras, signos y posiciones en el papel: se convierte en un recurso hábil por desafiar en algunas ocasiones a los convencionalismos de escritura y expresión comunicativa.

Una particular mirada en este taller y objeto cuadrado es –coincidencia indiscutible de la nueva ola narrativa del siglo XX: *nouveau roman*– la eliminación de signos ortográficos, adaptaciones de anglicismos, supresión de una consonante ("h") y permutación de algunas de éstas (la "c" y "q" por "k") y repetición de vocales (sobre todo la "a" y "o") e intercambio de éstas (la "u" sufre muchos cambios por consonates), asiduo uso de apócopes y la pereza de escribir una palabra extensa o compuesta (por ejemplo quehacer por "khacr" o no te creas por "ntc"). Esta riqueza moderna de la gramática –en general en varios países y no sólo en el español– y sobretodo expuesta y provocada en el *post-it* prueba la trascendencia de un objeto ordinario a niveles filosóficos, literarios y psicológicos.

La relación análoga entre el "Taller de literatura potencial", las teorías psicológicas, los preceptos y las concepciones clásicas y experimentaciones lingüísticas dejan en claro por qué desglosar una teoría mínima del *post-it*: iniciar a comprender y aproximarse a los objetos más cotidianos del ser humano para conocerse a sí mismo y al *otro* a través del tiempo. El *post-it* dejó de ser un artículo de oficina o un papel más en la casa y pasó a ser un proyecto de comunicación de amalgamas, un color de múltiples reacciones a través del sentir y se colocó como un artefacto de trascendencia (no) material-efectivo.